



abramos nuestros corazones

el incesante llamado al amor *carta pastoral contra el racismo*

Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

El documento *Abramos nuestros corazones: El incesante llamado al amor – Carta pastoral contra el racismo* fue desarrollado por el Comité de Diversidad Cultural en la Iglesia de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos (USCCB). Fue aprobado por el cuerpo en pleno de los obispos como declaración formal del mismo en su Asamblea General de noviembre de 2018, y ha sido autorizado para su publicación por el abajo firmante.

Mons. J. Brian Bransfield

Secretario general, USCCB

Las citas de los papas san Pablo VI, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco, copyright © Libreria Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano. Utilizadas con permiso. Todos los derechos reservados.

Los textos de la Sagrada Escritura utilizados en esta obra han sido tomados de los *Leccionarios I, II y III*, propiedad de la Comisión Episcopal de Pastoral Litúrgica de la Conferencia Episcopal Mexicana, copyright © 1987, quinta edición de septiembre de 2004. Utilizados con permiso. Todos los derechos reservados.

Las citas de Mi 6:8, Rm 14:19, 1 Jn 4:21 y 1 Co 16:13-14 han sido tomadas de *El Libro del Pueblo de Dios* (traducción argentina, 1990) en el sitio web *vatican.va*, copyright © 1981, 1990, 2003, Pbro. Armando J Levoratti y y Alfredo B. Trusso / Sociedad Bíblica Católica Internacional (SOBICAIN), Madrid, España. Todos los derechos reservados.

Copyright © 2018, United States Conference of Catholic Bishops, Washington, DC. Todos los derechos reservados.

La Sagrada Escritura anuncia claramente: “Miren cuánto amor nos ha tenido el Padre, pues no sólo nos llamamos hijos de Dios, sino que lo somos” (1 Jn 3:1). Este amor “proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea ‘todo para todos’ (cf. 1 Co 15:28)”.¹ Por obra del Espíritu Santo, la Iglesia está llamada a compartir con todo el mundo este don de amor. Como señala el papa Francisco, “Esta salvación, que realiza Dios y anuncia gozosamente la Iglesia, es para todos, y Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos”.² A través de su Cruz y Resurrección, Cristo unió la única raza humana al Padre. Sin embargo, aun cuando la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte es completa, todavía vivimos en un mundo afectado por ellos. Como obispos de la Iglesia Católica en los Estados Unidos, queremos abordar una forma del mal particularmente destructiva y persistente. A pesar de muchos avances prometedores logrados en nuestro país, el racismo todavía infecta nuestra nación.

¿Qué es el racismo?

El racismo surge cuando —ya sea consciente o inconscientemente— una persona sostiene que su propia raza o etnia es superior y, por lo tanto, juzga a las personas de otras razas u orígenes étnicos como inferiores e indignas de igual consideración. Esta convicción o actitud es pecaminosa cuando lleva a individuos o grupos a excluir, ridiculizar, maltratar o discriminar injustamente a las personas por su raza u origen étnico. Los actos racistas son pecaminosos porque violan la justicia. Revelan que no se reconoce la dignidad humana de las personas

¹ Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, no. 18.

² Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 113.

ofendidas, que no se las reconoce como el prójimo al que Cristo nos llama a amar (Mt 22:39).

El racismo ocurre porque la persona ignora la verdad fundamental de que, al compartir todos los seres humanos un origen común, todos son hermanos y hermanas, todos igualmente hechos a imagen de Dios. Cuando se pasa por alto esta verdad, la consecuencia es el prejuicio y el temor al otro y, con demasiada frecuencia, el odio. Caín olvida esta verdad en el odio a su hermano. Recordemos las palabras de la primera carta de Juan: “El que odia a su hermano es un homicida y bien saben ustedes que ningún homicida tiene la vida eterna” (1 Jn 3:15). El racismo comparte el mismo mal que movió a Caín a matar a su hermano. Surge de suprimir la verdad de que su hermano Abel también fue creado a imagen de Dios, una persona humana igual a él. Cada acto racista —cada comentario, cada broma, cada mirada despectiva como reacción al color de la piel, el grupo étnico o el lugar de origen—supone no reconocer a la otra persona como hermano o hermana, creada a imagen de Dios. En estos y en muchos otros actos similares, el pecado del racismo persiste en nuestras vidas, en nuestro país y en nuestro mundo.

El racismo se presenta de muchas formas. Se puede ver en actos deliberados, pecaminosos. En los últimos tiempos, hemos sido testigos de expresiones atrevidas de racismo tanto por parte de grupos como de individuos. La reaparición de símbolos de odio, como sogas con nudos corredizos y esvásticas en espacios públicos, es un indicador trágico de la creciente animosidad racial y étnica. Con demasiada frecuencia, personas hispanas y afroamericanas, por ejemplo, enfrentan discriminación en la contratación, la vivienda, las oportunidades educativas y el encarcelamiento. Frecuentemente los hispanos están en el punto de mira de prácticas selectivas de control de la inmigración derivadas de perfiles raciales, e igualmente los afroamericanos por presunta actividad criminal. También crece el temor y hostigamiento a personas provenientes de países de mayoría musulmana. Ideologías nacionalistas extremas alimentan el discurso público

estadounidense con una retórica xenófoba que instiga el miedo hacia los extranjeros, los inmigrantes y los refugiados. Finalmente, con demasiada frecuencia el racismo se manifiesta en forma de pecado de omisión, cuando individuos, comunidades e incluso iglesias permanecen en silencio y no actúan contra la injusticia racial cuando se la encuentra.

A menudo el racismo se puede encontrar en nuestros corazones— en muchos casos, puesto allí sin querer o inconscientemente a causa de nuestra crianza y nuestra cultura. Y así, puede llevar a pensamientos y acciones que ni siquiera consideramos racistas, pero que sin embargo se derivan de la misma raíz perjudicial. Consciente o subconscientemente, esta actitud de superioridad se puede ver en cómo ciertos grupos de personas son vilipendiadas, llamadas criminales o percibidas como incapaces de contribuir a la sociedad, incluso indignas de sus beneficios. El racismo también puede ser institucional, cuando se mantienen prácticas o tradiciones que tratan a ciertos grupos de personas injustamente. Los efectos acumulativos de los pecados personales del racismo han llevado a estructuras sociales de injusticia y violencia que nos hacen a todos cómplices en el racismo.³

Leemos los titulares que informan sobre la muerte de afroamericanos desarmados a manos de funcionarios de las fuerzas del orden. En nuestras prisiones, el número de reclusos de color, especialmente morenos y negros es sumamente desproporcionado.⁴ A pesar de las grandes

³ Véase *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1869.

⁴ El Pew Research Center informa: “La composición racial y étnica de las prisiones estadounidenses sigue siendo sustancialmente diferente de la demografía del país en su conjunto. En 2016, los negros representaban el 12% de la población adulta estadounidense pero el 33% de la población penitenciaria sentenciada. Los blancos representaban el 64% de los adultos, pero el 30% de los reclusos. Y mientras que los hispanos representaban el 16% de la población adulta, representaban el 23% de los reclusos”. Véase John Gramlich, “The gap between the number of blacks and whites in prison is shrinking”, 12 de enero de 2018. www.pewresearch.org/fact-tank/2018/01/12/shrinking-gap-between-number-of-

bendiciones de libertad que ofrece este país, debemos admitir la pura verdad de que para muchos de nuestros conciudadanos, que no han hecho nada malo, las interacciones con la policía a menudo están cargadas de temor e incluso de peligro. Al mismo tiempo, rechazamos la áspera retórica que menosprecia y deshumaniza al personal de las fuerzas del orden que trabaja para mantener seguras nuestras comunidades. También condenamos los ataques violentos contra la policía.

Asimismo, hemos visto años de racismo sistémico en acción en la forma en que se asigna recursos a comunidades que siguen segregadas *de facto*. Por poner un ejemplo, la crisis del agua en Flint, Michigan, se debió a decisiones políticas que afectaron negativamente a los habitantes, la mayoría de los cuales eran afroamericanos.⁵ Podríamos continuar con otros ejemplos, pues los casos de discriminación, prejuicio y racismo, lamentablemente, son demasiados.

En momentos importantes de nuestra historia, los obispos han escrito para expresar su preocupación pastoral por el flagelo del racismo, que algunos han llamado el pecado original de nuestro país. En 1958, los obispos condenaron las formas flagrantes de racismo contenidas en las leyes de segregación y “Jim Crow”.⁶ Diez años más tarde, escribieron para condenar el escándalo del racismo y las políticas y acciones que llevaron a tanta frustración que la violencia estalló en muchas ciudades.⁷ En 1979, los obispos expresaron de nuevo su preocupación sobre cómo el racismo seguía afectando a muchos de nuestros hermanos y hermanas, poniendo de relieve las

blacks-and-whites-in-prison/ (consultado el 31 de mayo de 2018).

⁵ Véase Michigan Civil Rights Commission Report, “The Flint Water Crisis: Systemic Racism Through the Lens of Flint”, sitio web del Michigan Department of Civil Rights, 17 de febrero de 2017. www.michigan.gov/documents/mdcr/VFlintCrisisRep-F-Edited3-13-17_554317_7.pdf (consultado el 10 de agosto de 2018).

⁶ USCCB, *Discrimination and Christian Conscience*, 14 de noviembre de 1958.

⁷ USCCB, *National Race Crisis*, 25 de abril de 1968.

formas estructurales e institucionales de injusticia racial evidenciadas en los desequilibrios económicos presentes en nuestra sociedad.⁸

Con los cambios positivos que surgieron del movimiento por los derechos civiles y la legislación sobre derechos civiles relacionada, algunos pueden creer que el racismo no es ya una aflicción importante de nuestra sociedad, que sólo se encuentra en los corazones de individuos que pueden ser tachados de ignorantes o incultos. Pero el racismo sigue afectando profundamente nuestra cultura, y no tiene lugar en el corazón cristiano. Este mal causa un gran daño a sus víctimas y corrompe las almas de quienes albergan pensamientos racistas o prejuiciosos. La persistencia del mal del racismo es la razón por la que escribimos esta carta. Todavía hay personas que sufren y es necesario actuar.

Lo que se necesita, y lo que estamos pidiendo, es una conversión genuina del corazón, una conversión que obligue al cambio y la reforma de nuestras instituciones y de la sociedad. La conversión es un largo camino para la persona. Llevar a nuestra nación a la plena realización de la promesa de libertad, igualdad y justicia *para todos* es aún más difícil. Sin embargo, en Cristo podemos encontrar la fortaleza y la gracia necesarias para emprender ese camino.

En este sentido, cada uno de nosotros debe adoptar como propias las palabras del papa Francisco de no permitir que nadie “piense que esta invitación no es para él”.⁹ Todos nosotros necesitamos una conversión personal y continua. Nuestras iglesias y nuestras instituciones cívicas y sociales necesitan una reforma continua. Sólo cuando el racismo se confronta abordando sus causas y las injusticias que produce, puede darse la sanación. En una realidad así transformada, los titulares que hoy vemos con demasiada frecuencia se convertirán en

⁸ USCCB, *Nuestros hermanos y hermanas*, 14 de noviembre de 1979.

⁹ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 3.

lecciones del pasado.

¿Cómo podemos superar este mal de rechazar la humanidad de un hermano o hermana, que es el mismo mal que provocó el pecado de Caín? ¿Cuáles son los pasos necesarios que conducirían a esta conversión? Encontramos nuestra inspiración en las palabras del profeta Miqueas:

Se te ha indicado, hombre, qué es lo bueno
y qué exige de ti el SEÑOR:
nada más que practicar la justicia, amar la [bondad]
y caminar humildemente con tu Dios. (Mi 6:8)

Practicar la justicia requiere un reconocimiento honesto de nuestras fallas y el restablecimiento de relaciones correctas entre nosotros. “Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos purificará de toda maldad” (1 Jn 1:9). Amar la bondad exige procurar “lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Rm 14:19). Requiere un esfuerzo decidido, pero más aún, requiere humildad; requiere que cada uno de nosotros pida la gracia necesaria para superar este pecado y deshacernos de este flagelo. A continuación, hacemos un llamado cristiano a todos nosotros en este país a “caminar humildemente con nuestro Dios” para que, por su gracia, se erradique el racismo.

Practicar la justicia

Para que una nación sea justa debe ser una sociedad que reconozca y respete los derechos

legítimos de los individuos y los pueblos.¹⁰ Estos derechos preceden a cualquier sociedad porque manan de la dignidad otorgada a cada persona en cuanto creada por Dios.¹¹ Se nos recuerda esta verdad fundamental en los primeros pasajes del libro de Génesis:

Dijo Dios: “Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; que domine a los peces del mar, a las aves del cielo, a los animales domésticos y a todo animal que se arrastra sobre la tierra”.

Y creó Dios al hombre a su imagen;
a imagen suya lo creó;
hombre y mujer los creó. (Gn 1:26-27)

Por la revelación, sabemos que el Dios único que creó a la raza humana es Trino, una comunión de verdad y amor, y así, por la fe reconocemos con la mayor claridad que los seres humanos, por su propia naturaleza, están hechos para la comunión. El papa Benedicto XVI señaló: “La criatura humana, en cuanto de naturaleza espiritual, se realiza en las relaciones interpersonales. Cuanto más las vive de manera auténtica, tanto más madura también en la propia identidad personal. El hombre se valoriza no aislándose sino poniéndose en relación con los otros y con Dios”.¹² Estamos destinados a amar a Dios con todo nuestro ser, que luego se desborda en amor por nuestro prójimo. “El que ama a Dios debe amar también a su hermano” (1 Jn 4:21).

¹⁰ Papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, no. 6.

¹¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 1930.

¹² Papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, no. 53.

Este es el significado original de la justicia, por la cual entramos en una relación adecuada con Dios, unos con otros y con el resto de la creación de Dios. La justicia fue un don de gracia dado a toda la humanidad. Sin embargo, después de que el pecado entró en el mundo, este sentido de justicia fue distorsionado por los deseos egoístas, y nos volvimos seres inclinados al pecado.¹³ San Agustín describió bien nuestras vidas después del Edén, diciendo que en el mundo caído nuestras relaciones mutuas se han guiado por un “apetito de dominar”.¹⁴ Se reconozca o no, la historia de las injusticias cometidas contra tantas personas debido a su raza, se deriva de este “apetito de dominar” al otro. Incluso cuando somos liberados del Pecado Original por el Bautismo, seguimos luchando para vencer la tentación y el pecado en nuestras vidas.¹⁵

Aunque en ciertos aspectos nuestra nación ha avanzado contra la discriminación racial, en otros ha perdido terreno. A pesar del progreso significativo en el derecho civil con respecto al racismo, las realidades sociales indican la necesidad de una mejor catequesis que promueva la conversión de los corazones. Demasiados católicos buenos y fieles desconocen la conexión entre el racismo institucional y la continua erosión de la santidad de la vida. No hemos concluido el trabajo. El mal del racismo se encona en parte porque, como nación, el reconocimiento formal del daño hecho a tantas personas ha sido muy limitado, sin ningún momento de expiación, sin ningún proceso nacional de reconciliación y, con demasiada frecuencia, un desconocimiento de nuestra historia. Muchas de nuestras instituciones aún albergan, y demasiadas de nuestras leyes todavía sancionan, prácticas que niegan la justicia y el acceso igualitario a ciertos grupos de personas. Dios exige más de nosotros. Por lo tanto, no podemos observar el progreso contra el

¹³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 405.

¹⁴ San Agustín, *Ciudad de Dios*, Libro I, Proemio.

¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, no. 978.

racismo en las últimas décadas y concluir que nuestra situación actual cumple con los estándares de la justicia. De hecho, Dios nos exige lo que es justo y necesario.

Como cristianos, estamos llamados a escuchar y conocer las historias de nuestros hermanos y hermanas. Debemos crear oportunidades para escuchar, con corazones abiertos, las trágicas historias que han dejado una marca profunda en la vida de nuestros hermanos y hermanas, si hemos de conmovernos con empatía para promover la justicia. Muchos grupos, tales como los irlandeses, italianos, mexicanos, puertorriqueños, polacos, judíos, chinos y japoneses, pueden dar fe de haber sido objeto de prejuicios raciales y étnicos en este país. También es cierto que muchos otros grupos siguen experimentando estos prejuicios, como se ve por el aumento del antisemitismo, la discriminación a la que muchos hispanos se enfrentan hoy en día, y un creciente sentimiento anti musulmán. En este sentido, las experiencias históricas y contemporáneas de los nativos americanos y los afroamericanos son especialmente instructivas.

La experiencia de los nativos americanos

Antes de la llegada de los europeos esta tierra ya tenía muchos pueblos diversos, con diferentes costumbres, idiomas y creencias. Cuando llegaron los exploradores, y luego los pioneros, las relaciones con los nativos americanos también variaron, pero en su mayor parte fueron en detrimento de los pueblos nativos. Los nativos americanos sufrieron heridas profundas en la era de la colonización y la expansión—heridas que en gran parte permanecen sin cicatrizar y tienen un fuerte impacto en las sucesivas generaciones hasta el día de hoy—, un hecho que san Juan Pablo II reconoció en su encuentro con los pueblos nativos en 1987: “El primer encuentro entre vuestras culturas tradicionales y el estilo de vida europeo fue un acontecimiento de tal magnitud y novedad que aún hoy influye profundamente en vuestra vida colectiva. Tal encuentro

fue una realidad amarga y dolorosa para vuestros pueblos. Es un deber reconocer la opresión cultural, las injusticias, la destrucción de vuestra vida y de vuestras sociedades tradicionales”.¹⁶

Muchos colonos europeos ignoraron la dignidad de los pueblos indígenas. Las políticas coloniales y posteriormente las de los Estados Unidos hacia las comunidades nativas a menudo eran violentas, paternalistas y estaban dirigidas al robo de sus tierras. Los nativos americanos fueron asesinados, encarcelados, vendidos como esclavos y violados. Estas políticas diezmaron comunidades enteras y provocaron muertes trágicas. Los resultados fueron reubicaciones masivas y forzadas de personas, como la expulsión forzosa del pueblo cheroqui del sudeste hacia los territorios del oeste conocida como el “Sendero de las Lágrimas”, y de los pueblos navajos en la “Larga Marcha”. Miles de hombres, mujeres y niños murieron durante esos desplazamientos forzados. La reubicación forzosa de pueblos ocurrió una y otra vez debido a la idea de que si los pueblos indígenas “interferían con el progreso debían ser hechos a un lado”.¹⁷ En muchos internados y orfanatos, el objetivo era “americanizar” a los niños nativos obligándolos a abandonar todas las facetas de su cultura, incluidas sus lenguas nativas. En palabras del superintendente de una escuela, la meta era “matar al indio y salvar al hombre”.¹⁸

Durante este tiempo hubo misiones que se alzaron como una barrera contra el abuso a los

¹⁶ San Juan Pablo II, Discurso en el Encuentro con los amerindios, 14 de septiembre de 1987, Phoenix, Arizona, no. 2 (*versión del traductor*).

¹⁷ U.S. Library of Congress, *The Indians of Southern California in 1852; The B. D. Wilson Report and a Selection of Contemporary Comment*, Ed. John Walton Caughey (Los Ángeles: Plantin Press, 1952), 12. www.loc.gov/resource/calbk.051 (consultado el 31 de mayo de 2018).

¹⁸ Capitán Richard H. Pratt, “Sobre la educación de los nativos americanos”, Discurso a una convención en 1892. The Carlisle Indian Industrial School Digital Resource Center.

<http://carlisleindian.dickinson.edu/teach/kill-indian-and-save-man-capt-richard-h-pratt-education-native-americans> (consultado el 31 de mayo de 2018).

pueblos indígenas y sirvieron como una forma de protección en una realidad rápidamente cambiante. Aunque no todos los encuentros con misioneros fueron benignos, hubo algunos que defendieron heroicamente a los nativos americanos mientras intentaban llevar la Buena Nueva de Cristo a muchos que aún no la habían escuchado. El padre jesuita Pierre-Jean de Smet y el franciscano Anselm Weber, por ejemplo, trabajaron incansablemente apoyando y promoviendo los derechos de los nativos americanos. Anteriormente, san Junípero Serra se enfrentó con frecuencia a las autoridades civiles por el trato a los nativos. Muchos pueblos nativos, pero ciertamente no todos, aceptaron el evangelio gustosamente. Por ejemplo, santa Kateri Tekakwitha, Nicholas William Black Elk (Alce Negro) y los mártires de las Misiones de la Florida se sintieron movidos por el mensaje de amor de Cristo, y por el ejemplo de los cristianos que honraron su dignidad.

Sin embargo, en el orden de la justicia natural, estos actos realizados en el poder del Espíritu de Cristo se ven opacados por la devastación causada por las políticas de expansión y destino manifiesto, alimentadas por actitudes racistas, que llevaron a la casi total erradicación de los pueblos nativos americanos y sus culturas. Los efectos de este mal siguen siendo visibles en las grandes dificultades experimentadas por las comunidades nativas americanas en la actualidad. Pobreza, desempleo, atención médica inadecuada, escuelas deficientes, explotación de los recursos naturales y disputas sobre la propiedad de la tierra son factores que no pueden ni deben ser ignorados.

La verdad que debemos enfrentar es clara. Cuando una cultura se encuentra con otra, la falta de consciencia y comprensión a menudo conduce a juicios de valor y prejuicios sumamente distorsionados. Estos prejuicios alientan actitudes de superioridad que están incrustadas en las estructuras sociales y las leyes y que, a su vez, son reforzadas por éstas. Esto es evidente en la

forma en que actuaron muchos inmigrantes y pioneros europeos blancos en sus encuentros con los nativos americanos; es igualmente evidente en el trato a los africanos que fueron esclavizados y traídos a las costas de los Estados Unidos.

La experiencia de los afroamericanos

Mientras todavía se formaba este país, los africanos eran comprados y vendidos como mera propiedad, a menudo golpeados, violados y, literalmente, forzados a trabajar hasta la muerte. Esta forma de esclavitud, conocida como esclavitud *chattel* o de propiedad personal, era diferente y mucho más brutal que la esclavitud conocida en la antigüedad. Para justificar esta nueva forma de esclavitud se utilizaron categorías raciales, que clasificaban diferentes comunidades étnicas como razas diferentes, algunas incluso como subhumanas. Las injusticias de este cautiverio fueron horribles y duraron generaciones. Se separaba a las familias, se prohibían o no se respetaban los matrimonios existentes, y se maltrataba y obligaba a trabajar a los niños. Cuando terminó la esclavitud, muchos exesclavos se enfrentaron a otras formas de servidumbre continua en la evolución de las economías que antes dependieron de su trabajo, y las personas negras encontraron nuevas formas de resentimiento y violencia. En libertad, millones de negros vivían en constante temor por sus vidas. La mayoría residía en la extrema pobreza y diariamente soportaba indignidades en sus interacciones con los blancos. Los esfuerzos para salir de la pobreza trabajando una pequeña granja, siendo dueños de un negocio, construyendo una escuela o formando un sindicato, generalmente encontraban una resistencia feroz en todo el país. Para muchos de ellos, el derecho a participar en el proceso político se veía retenido o severamente obstaculizado durante otro siglo.

Consistentemente, los afroamericanos han sido marcados por individuos y por la

sociedad, incluso a veces por miembros de la Iglesia, con el mensaje de que son inferiores. Asimismo, este mensaje ha quedado grabado en el subconsciente social de los Estados Unidos. Muchos afroamericanos continúan luchando contra las percepciones de que no representan del todo la imagen de Dios, que cuentan con menos inteligencia, belleza y bondad. Esta realidad no consiste sólo en unas cuantas historias aisladas, sino que ha sido la experiencia vivida por la gran mayoría de los afroamericanos durante la mayor parte de nuestra historia nacional.

Reconocemos con gratitud a las órdenes religiosas cuyo carisma encarnó la evangelización y el cuidado de los marginados y rechazados. Recordamos el audaz testimonio de los Misioneros del Verbo Divino, las Hermanas Oblatas de la Providencia, las Hermanas de la Sagrada Familia, los padres y hermanos de la Sociedad de San José del Sagrado Corazón (los Josefitas), las Siervas Franciscanas de María y las Hermanas del Santísimo Sacramento. Del mismo modo, innumerables individuos—como Daniel Rudd, Thomas Wyatt Turner, la Hna. Thea Bowman y la Dra. Lena Edwards, por nombrar algunos— trabajaron incansablemente contra la corriente predominante del racismo para compartir la fe católica con personas de ascendencia africana.

Aun así, para comprender cómo funciona hoy el racismo, debemos reconocer que generaciones de afroamericanos se vieron desfavorecidas por la esclavitud, el robo de salarios, las leyes conocidas como “Jim Crow” y la negación sistemática del acceso a numerosas oportunidades de creación de riqueza reservadas para otros. Esto ha dejado a muchos afroamericanos sin esperanza, desalentados, descorazonados y sintiéndose no amados. Si bien es cierto que algunos individuos y familias han prosperado, un número importante de afroamericanos nacen en la disparidad económica y social.¹⁹ La pobreza experimentada por

¹⁹ Véase R. Kochhar y A. Cilluffo, “How wealth inequality has changed in the U.S. since the Great

muchas de estas comunidades tiene sus raíces en políticas racistas que continúan obstaculizando la capacidad de las personas para encontrar vivienda asequible, trabajo digno, educación adecuada y movilidad social.²⁰ Los efectos generacionales de la esclavitud, la segregación y el uso sistemático de la violencia —incluido el linchamiento de más de 4,000 hombres, mujeres y niños negros en 800 condados diferentes de los Estados Unidos entre 1877 y 1950—²¹ son realidades que deben reconocerse y abordarse plenamente en cualquier proceso que albergue la esperanza de combatir el racismo.

La experiencia de los hispanos

Por supuesto, la experiencia del racismo no se limita a los afroamericanos o nativos americanos. Muchos grupos distintos de personas han encontrado “en diferentes grados el mal de la discriminación, del prejuicio racial y de la opresión que ponen en peligro la misma identidad de la sociedad estadounidense”.²² Se han repetido algunos de los mismos patrones de prejuicio y discriminación con otros grupos. En este momento, sería negligente de nuestra parte no poner de relieve la experiencia de los hispanoamericanos en nuestro país. Desde la guerra entre México y

Recession, by race, ethnicity and income”, Pew Research Center, 1 de noviembre de 2017.

www.pewresearch.org/fact-tank/2017/11/01/how-wealth-inequality-has-changed-in-the-u-s-since-the-great-recession-by-race-ethnicity-and-income/ (consultado el 31 de mayo de 2018).

²⁰ Véase USCCB Backgrounder, “Racism: Confronting the Poison in Our Common Home”, enero de 2016. www.usccb.org/issues-and-action/human-life-and-dignity/racism/upload/racism-backgrounder.pdf (consultado el 31 de mayo de 2018).

²¹ Equal Justice Initiative, “Lynching in America: Confronting the Legacy of Racial Terror, Third Edition”, Lynching in America—Equal Justice Initiative, <https://lynchinginamerica.eji.org/report/> (consultado el 6 de noviembre de 2018).

²² USCCB, *Reconciliados en Cristo: Sobre la reconciliación y mayor colaboración entre católicos hispanos y católicos afroamericanos* (Washington, DC: USCCB, 1997), 4.

Estados Unidos, personas hispanas provenientes de diversos países han experimentado la discriminación en materia de vivienda, empleo, salud y educación. Los hispanos han recibido innumerables nombres despectivos y se han encontrado con prejuicios negativos simplemente debido a su origen étnico, han sufrido discriminación en el acceso a la universidad, a la vivienda, e incluso al inscribirse para votar. A pesar de su considerable participación en la fuerza laboral de los Estados Unidos y sus numerosas contribuciones a la economía del país en muchos campos e industrias diferentes, la gran brecha de ingresos entre estadounidenses de origen hispano y europeo apunta a la persistencia de ciertas prácticas discriminatorias en el empleo y el salario.²³ En un pasado no muy distante, los hispanos encontraban letreros en restaurantes y tiendas que decían: “No se permiten mexicanos ni negros”. Además, se han documentado más de 550 casos de linchamientos de personas hispanas, y los expertos estiman que el número real podría ser el doble.²⁴

Los latinos son el principal objetivo de las redadas de inmigración y la deportación masiva. En el pasado, ciudadanos estadounidenses de ascendencia hispana atrapados en estas redadas fueron deportados. Hoy, a menudo todavía se asume que muchos hispanos están ilegalmente en este país. Estas actitudes de superioridad cultural, indiferencia y racismo deben ser confrontadas; no son dignas de ningún seguidor de Cristo.²⁵ Después de todo, una gran parte

²³ Véase R. Kochhar y A. Cilluffo, “How wealth inequality has changed in the U.S. since the Great Recession”, Pew Research Center.

²⁴ Véase Nicholas Villanueva, *The Lynching of Mexicans in the Texas Borderlands* (Albuquerque, NM: University of New Mexico Press, 2017). Véase también William D. Carrigan y Clive Webb, *Forgotten Dead: Mob Violence against Mexicans in the United States, 1848-1928* (Nueva York: Oxford University Press, 2013).

²⁵ Obispos católicos de México y los Estados Unidos, Carta pastoral sobre la migración, *Juntos en el camino de la esperanza: Ya no somos extranjeros* (Washington, DC: USCCB, 2003), no. 40.

de nuestra nación está formada por inmigrantes y sus descendientes. También debemos recordar que muchas personas de origen hispano provienen de familias que vivían en esta tierra mucho antes de que cambiaran las fronteras.

Estos ejemplos de las experiencias de estadounidenses de origen nativo, africano e hispano demuestran que, como nación, nunca hemos lidiado suficientemente con el impacto del racismo manifiesto. Tampoco hemos dedicado el tiempo necesario a examinar en qué maneras las actitudes racistas de ayer se han convertido en parte permanente de nuestras percepciones, prácticas y políticas de hoy, o cómo se han consagrado en nuestras estructuras sociales, políticas y económicas. Se puede aprender mucho al escuchar las historias de quienes han vivido los efectos del racismo. Al examinar los efectos generacionales del racismo en las familias, las comunidades y nuestra Iglesia, cada uno de nosotros puede comenzar a actuar solidariamente para cambiar las perspectivas de las generaciones futuras.

Amar la bondad

La mayoría de la gente no se consideraría racista. Una persona podría admitir que tiene prejuicios, pero ciertamente no que es racista. Como cristianos, sabemos que es nuestro deber amar a los demás. San Pablo nos recuerda que vivimos por el Espíritu, y que “los frutos del Espíritu Santo son: el amor, la alegría, la paz, la generosidad, la benignidad, la bondad, la fidelidad, la mansedumbre y el dominio de sí mismo” (Ga 5:22-23). Debemos ser honestos con nosotros mismos. Cada uno de nosotros debe examinar su conciencia y preguntar si estos frutos están realmente presentes en nuestras actitudes sobre la raza. O, más bien, ¿reflejan nuestras actitudes desconfianza, impaciencia, enojo, angustia, incomodidad o rencor?

Cuando comenzamos a separar a las personas en nuestros pensamientos por razones

injustas, cuando empezamos a ver a algunas personas como “ellos” y a otras como “nosotros”, fallamos en el amor. Sin embargo, el amor está en el corazón de la vida cristiana. Cuando se acercaron a preguntarle cuál es el mandamiento más grande, Jesús respondió: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y el primero de los mandamientos. Y el segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt 22:37-39). Este mandato de amor nunca puede ser simplemente un “vive y deja a otros en paz”. El mandato del amor requiere que hagamos espacio para los demás en nuestro corazón. Significa que, efectivamente, somos el guardián de nuestro hermano (véase Gn 4:9).

El pecado de Caín encuentra su remedio en Cristo, en su mandato de amar y en el don de su Espíritu Santo que nos permite responder a su llamado. Cuando Caín golpeó y mató a su hermano, la familia humana se dividió aún más. Pero Cristo sana todas las divisiones, incluidas las que están en el centro mismo del racismo. Es a través de su Cruz que aprendemos la mayor lección sobre el amor. En la Cruz, Jesús murió por la raza humana (véase 2 Co 5:15). “Él se ofreció como víctima de expiación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los del mundo entero” (1 Jn 2:2). ¡He aquí nuestra esperanza! ¡He aquí la gracia que se nos ha dado para sanar este pecado de división! He aquí la lección del amor.

Si llegamos a pensar que “uno murió por todos” —y no sólo por nosotros mismos— entonces “el amor de Cristo nos apremia” a ver a los demás como nuestros hermanos y hermanas (2 Co 5:14). Porque, “cuando un miembro sufre, todos sufren con él; y cuando recibe honores, todos se alegran con él” (1 Co 12:26). Es el amor de Cristo lo que une a la Iglesia, y este amor se extiende más allá de la Iglesia a todos los pueblos. Este amor también requiere justicia. “Quien ama con caridad a los demás”, como nos recuerda el papa Benedicto XVI, “es ante todo justo

con ellos”.²⁶ De esta manera, el amor “es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz”.²⁷ Al hacerlo, también nosotros estamos amando la bondad.

El llamado urgente del amor

El amor nos obliga a cada uno a resistir el racismo con valor. Nos exige acercarnos generosamente a las víctimas de este mal, ayudar a la conversión necesaria en aquellos que aún albergan racismo, y comenzar a cambiar las políticas y estructuras que permiten que el racismo persista. Superar el racismo es una exigencia de la justicia, pero como el amor cristiano trasciende la justicia, el fin del racismo significará que nuestra comunidad dará frutos más allá simplemente del trato justo a todos. Después de todo, “Dentro de [la] familia [humana]”, como dijo san Juan Pablo II, “cada pueblo conserva y expresa su propia identidad y enriquece a otros con sus dones de cultura”.²⁸

Nuestra fe nos ofrece un tesoro de hombres y mujeres santos e inspiradores que trabajaron valientemente por la reconciliación racial, mostrándonos el camino a seguir. Está, por ejemplo, el siervo de Dios Augusto Tolton, que nació en la esclavitud y escapó al estado libre de Illinois. A pesar de un fuerte llamado al sacerdocio y de ser apoyado por el clero que conocía su fe, todos los seminarios en los Estados Unidos lo rechazaron. Después de ser finalmente admitido a un seminario en Roma, fue ordenado, y regresó para servir como el primer sacerdote negro nacido en los Estados Unidos, donde, nuevamente, enfrentó mucha

²⁶ Papa Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, no. 6.

²⁷ *Caritas in Veritate*, no. 1.

²⁸ San Juan Pablo II, Discurso en el Encuentro con los amerindios, 14 de septiembre de 1987, no. 4 (*versión del traductor*).

discriminación y racismo.

Una vez en casa y sirviendo como ministro al pueblo de Dios, el padre Tolton fue atormentado por otros, especialmente por un hermano sacerdote que era blanco. Este sacerdote hacía declaraciones públicas y desagradables instando a los blancos de la ciudad a no ir a la parroquia del padre Tolton. Durante esta larga persecución, el padre Tolton mostró el amor de Cristo, perdonando las injurias y sirviendo a los demás. Las cosas, sin embargo, se pusieron tan mal que el padre Tolton aceptó una invitación del arzobispo Feehan para trasladarse al norte, a Chicago, donde sirvió a los fieles hasta su muerte en 1897. El padre Tolton a menudo hablaba de cómo la Iglesia le había enseñado a siempre “orar y perdonar a mis perseguidores”.²⁹

Durante su ministerio, el padre Tolton mantuvo correspondencia con la madre (ahora santa) Catalina Drexel, quien dio apoyo a su trabajo parroquial en Chicago. Ella es otro ejemplo de personas que trabajan por la reconciliación racial. Siguiendo una directriz del papa León XIII en 1887, santa Catalina dedicó su vida a trabajar estrechamente con los nativos americanos y los afroamericanos, mostrando un respeto y preocupación genuinos. Al momento de su muerte en 1955, santa Catalina tenía más de 500 hermanas trabajando en 63 escuelas y había establecido 50 misiones para nativos americanos en dieciséis estados. También fundó 50 escuelas para estudiantes afroamericanos, entre ellas la Universidad Xavier de Luisiana, la primera y única universidad católica en los Estados Unidos establecida específicamente para afroamericanos. Su motivación era clara. Como dijo, “Si deseamos servir a Dios y amar bien a nuestro prójimo, debemos manifestar nuestra alegría en el servicio que prestamos a Él y a ellos. Abramos nuestros corazones de par en par. La alegría nos invita. Sigamos adelante sin temor a nada”.³⁰

²⁹ Discurso ante el primer Congreso de Católicos de Color, Washington, DC, 1-4 de enero de 1889.

³⁰ “A Eucharistic Focused Mission”, Sisters of the Blessed Sacrament. www.katharinedrexel.org/wp-

Caminar humildemente con Dios

Seguir adelante sin temor significa “caminar humildemente con Dios” reconstruyendo nuestras relaciones, sanando nuestras comunidades y trabajando para moldear nuestras políticas e instituciones para el bien de todos, como discípulos misioneros. La evangelización, que es la obra de la Iglesia, “significa no sólo predicar sino dar testimonio; no sólo conversión sino renovación; no sólo integrarse a la comunidad sino edificar la comunidad”.³¹ El racismo es un problema moral que requiere un remedio moral—una transformación del corazón humano—que nos impulse a actuar. El poder de este tipo de transformación será un fuerte catalizador para eliminar las injusticias que vulneran la dignidad humana. Como cristianos, sabemos que esto es cierto, porque “para Dios todo es posible” (Mt 19:26). Es el Señor quien, por su gracia, nos perdona y nos restaura a estas relaciones y sana las heridas entre nosotros. Después de todo, el objetivo de la historia de la salvación es la reconciliación y la entrada en la Jerusalén celestial, una comunión de todos los pueblos y todas las naciones.

Seguir adelante sin temor significa también cooperar con la gracia de Dios, dando pasos directos y decididos para el cambio. Significa abrir puertas donde antes sólo había muros. Como obispos, nos comprometemos a las siguientes acciones con la esperanza de que otros, especialmente quienes están a nuestro cuidado espiritual, hagan lo mismo en sus propias vidas y comunidades.

content/uploads/2016/11/FocusedMissionBro.pdf (consultado el 23 de agosto de 2018).

³¹ *Lo que Hemos Visto y Oído*, Carta Pastoral de los Obispos Negros de los Estados Unidos sobre la Evangelización (USCCB, 9 de septiembre de 1984).

Reconocer el pecado

Examinar nuestra pecaminosidad —individualmente, como comunidad cristiana y como sociedad— es una lección de humildad. Sólo desde la humildad podemos examinar honestamente los errores del pasado, pedir perdón y avanzar hacia la sanación y la reconciliación. Esto requiere que *reconozcamos* hechos y pensamientos pecaminosos, y que *pidamos* perdón. La verdad es que los hijos e hijas de la Iglesia Católica han sido cómplices del mal del racismo.³² En su bula papal *Dum Diversas* (1452), Nicolás V otorgó permiso apostólico a los reyes de España y Portugal para comprar y vender africanos, sentando las bases para el comercio de esclavos. A pesar de que los papas posteriores denunciaron y rechazaron energicamente el comercio internacional de esclavos, sucedió que, para nuestra vergüenza, muchos líderes religiosos estadounidenses, entre ellos algunos obispos católicos, no se opusieron formalmente a la esclavitud; algunos incluso poseían esclavos.

También nos damos cuenta de las formas en que el racismo se ha filtrado en la vida de la Iglesia y persiste hasta cierto punto incluso hoy. “Por un largo tiempo”, en las misiones de la Iglesia en todo el mundo, “el camino a un clero y religiosos plenamente autóctonos se vio obstruido por una actitud paternalista y racista”.³³ No hace tanto, en muchas parroquias católicas, las personas de color eran relegadas a asientos segregados, y se les requería que recibieran la Sagrada Eucaristía después de los feligreses blancos. Demasiado a menudo, los líderes de la Iglesia han guardado silencio sobre la horrible violencia y otras injusticias raciales perpetradas contra afroamericanos y otros.

³² San Juan Pablo II, *Tertio Millennio Adveniente*, no. 33: “La Iglesia, aun siendo santa por su incorporación a Cristo, no se cansa de hacer penitencia: ella *reconoce siempre como suyos*, delante de Dios y delante de los hombres, *a los hijos pecadores*”.

³³ *Lo que Hemos Visto y Oído* (9 de septiembre de 1984), 21.

Por lo tanto, nosotros, los obispos católicos en los Estados Unidos, reconocemos las muchas veces en que la Iglesia no ha vivido como Cristo enseñó: amando a nuestros hermanos y hermanas.³⁴ Líderes y miembros de la Iglesia Católica —obispos, clérigos, religiosos y laicos— así como sus instituciones han cometido actos de racismo. Expresamos profundo pesar y remordimiento por ellos. También reconocemos aquellos casos en que no hemos hecho lo suficiente o hemos guardado silencio cuando se cometían graves actos de injusticia. Pedimos perdón a todos los que han sido heridos por estos pecados cometidos en el pasado o en el presente.

Abiertos al encuentro y a nuevas relaciones

“Caminar humildemente con Dios” requiere aún más. Sabemos que no tenemos todas las respuestas, pero un discípulo misionero es aquel que de buena gana confronta cada problema y cada actitud pecaminosa con la confianza que proviene de un profundo amor a Jesús. Como dijo el papa Benedicto XVI, “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”.³⁵

La comunidad cristiana debe aprovechar este encuentro central y continuo con Cristo y buscar combatir el racismo con amor, recordando el pensamiento del papa Francisco de que “si

³⁴ Véase Comisión Teológica Internacional, *Memoria y reconciliación*, no. III.3, que cita a Agustín, *Sermón* 181, 5,7: “La Iglesia en su conjunto dice: ¡perdona nuestras deudas! Ella tiene, por tanto, manchas y arrugas. Pero, a través de la confesión, las arrugas se estiran y las manchas quedan lavadas. La Iglesia se halla en oración para ser purificada por la confesión y estar así mientras los hombres vivan sobre la tierra”.

³⁵ Papa Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*, no. 1.

alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?”³⁶ Con la guía del Espíritu Santo, esta fuente de fortaleza y valor debe movernos a actuar. En consecuencia, todos debemos asumir la responsabilidad de corregir las injusticias del racismo y sanar los daños que ha causado.

Para acabar con el racismo, debemos interactuar con el mundo y encontrarnos con otros— para ver, tal vez por primera vez, a quienes se encuentran en las periferias de nuestra propia visión limitada. Sabiendo que el Señor ha tomado la iniciativa divina al amarnos primero, podemos avanzar con decisión y acercarnos a otros. Debemos invitar al diálogo a aquellos a quienes normalmente no buscaríamos. Debemos trabajar para establecer relaciones con aquellas personas que podríamos tratar de evitar. Esto exige que vayamos más allá de nosotros mismos, abriendo nuestras mentes y corazones para valorar y respetar las experiencias de aquellos que han sido dañados por el mal del racismo. El amor también requiere que invitemos a un cambio de corazón en aquellos que sean desdeñosos de las experiencias de otros o cuyos corazones puedan estar endurecidos por el prejuicio o el racismo. Sólo cuando forjamos relaciones auténticas podemos vernos verdaderamente unos a otros como Cristo nos ve. Por tanto, el amor debe movernos a tomar lo que aprendemos de nuestros encuentros y examinar dónde sigue fallando la sociedad a nuestros hermanos y hermanas, o dónde perpetúa la inequidad, y tratar de abordar esos problemas.

Resueltos a trabajar por la justicia

Para fomentar, en parte, tales encuentros, y para expresar nuestra firme y renovada decisión de trabajar por la justicia, la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos

³⁶ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium*, no. 8.

formó un Comité *Ad Hoc* contra el Racismo. El comité ya ha comenzado su trabajo: realizando sesiones de escucha; proporcionando recursos sobre el racismo; ofreciendo herramientas a diócesis, eparquías y parroquias para iniciar conversaciones importantes sobre este mal, y explorando las necesarias iniciativas políticas. Encargamos a este Comité *Ad Hoc* que implemente la visión de esta carta pastoral. Además, este comité debe desarrollar formas de ayudar a facilitar un diálogo nacional permanente, llevando modelos exitosos e historias de esperanza a personas de todos los niveles. También pedimos a los líderes de nuestra conferencia de obispos que busquen oportunidades significativas que ayuden a profundizar el entendimiento, fomenten la reconciliación y den testimonio público del compromiso de la Iglesia de acabar con el racismo. Comprometemos a todas las oficinas y comités de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos a tener siempre presente este imperativo.

A nivel nacional, la acción concreta debe incluir abogar por la igualdad en la implementación de las leyes, y por presupuestos morales que reduzcan las barreras de acceso al bienestar económico, la atención médica adecuada, la educación y la capacitación. También podemos aprender del ejemplo de otros países, como Sudáfrica, Alemania y Ruanda, y de ciertas instituciones que han reconocido los errores del pasado y han llegado a comprender la verdad de su historia.

A nivel local, incluso en nuestras propias parroquias, se debe elaborar planes prácticos para brindar más oportunidades a candidatos calificados que históricamente han sido excluidos, por ejemplo, a través de prácticas de contratación. Del mismo modo, dentro de nuestras diócesis, tomar acciones concretas implica ofrecer recursos a parroquias, escuelas y organizaciones en dificultades y capacitación para la catequesis, la pastoral juvenil y otras necesidades pastorales. También significa proporcionar el apoyo necesario a familias, personas mayores y a los

presos excarcelados.

Además, para superar la discriminación, “una comunidad debe apropiarse los valores que inspiran las leyes justas y además traducir en la vida cotidiana la convicción de la igual dignidad de todo ser humano”.³⁷ Por lo tanto, afirmamos que participar o fomentar organizaciones que se basan en la ideología racista (por ejemplo, movimientos neonazis y el Ku Klux Klan) es también pecaminoso porque corrompen a los individuos y corroen las comunidades. Ninguna de estas organizaciones tiene un lugar en una sociedad justa.

Educarnos a nosotros mismos

Como obispos, alentamos a nuestros líderes a realizar visitas formales a instituciones de cultura y aprendizaje, por ejemplo, al Museo Nacional de Historia y Cultura Afroamericana, al Museo Nacional de los Indios Americanos y al Museo del Holocausto —todos en Washington, DC— y al Centro Martin Luther King, Jr. en Atlanta. Se deben alentar oportunidades similares en nuestras comunidades locales. Las parroquias, por ejemplo, podrían usar el Día Nacional de Oración por la Paz en Nuestras Comunidades, que se celebra en la fiesta de san Pedro Claver (9 de septiembre), para organizar actividades que fomenten la comunidad, el diálogo y la reconciliación. Estos encuentros ayudarán a abrir nuestras mentes y corazones más plenamente y a continuar la sanación necesaria en nuestras comunidades y nuestra nación. Al escuchar mutuamente nuestras experiencias, podemos llegar a comprender y sentir empatía, lo que nos lleva a esas relaciones correctas que nos unen como hermanos y hermanas. Esta justicia

³⁷ Pontificia Comisión de Justicia y Paz, *La Iglesia ante el racismo. Para una sociedad más fraterna* (1988), no. 24.

encuentra su fuente y fortaleza en el amor de Cristo, que entregó su vida por sus amigos (véase Jn 15:13).

“La conversión del corazón”, señala la Pontificia Comisión de Justicia y Paz, “no puede ser alcanzada, sin afirmar las convicciones del espíritu acerca del respeto debido a las otras razas y grupos étnicos”.³⁸ Debemos, por lo tanto, formar las conciencias de nuestro pueblo, especialmente de los jóvenes, “presentando claramente la íntegra doctrina cristiana sobre este punto. [Pedimos] en especial a los pastores, a los predicadores, a los maestros y a los catequistas, esclarecer la enseñanza auténtica de la Escritura y la tradición acerca del origen de todos los hombres en Dios, de su destino final común en el Reino de Dios, del valor del precepto del amor fraterno y de la total incompatibilidad entre el exclusivismo racista y la vocación universal de todos los hombres a la misma salvación en Jesucristo”.³⁹

Hacemos aquí un llamado a nuestros programas de educación religiosa, escuelas católicas y editoriales católicas a desarrollar planes de estudio relacionados con el racismo y la reconciliación. Los encargados de la pastoral universitaria deben planificar reflexiones y discusiones para adultos jóvenes que se esfuercen por construir caminos hacia la igualdad racial y la sanación. También podemos aprender del ejemplo de aquellos jóvenes que superan las actitudes racistas y son modelo de respeto. También encargamos a nuestros seminarios, programas de formación de diáconos, casas de formación y a todas nuestras instituciones educativas que rompan todo silencio sobre la cuestión del racismo, encuentren formas nuevas y creativas de crear conciencia, analicen los planes de estudio y enseñen las virtudes de la caridad fraterna.

³⁸ *La Iglesia ante el racismo*, no. 25.

³⁹ *La Iglesia ante el racismo*, no. 25.

Nuestros esfuerzos individuales para encontrar a otros, crecer y dar testimonio, para cambiar nuestros corazones sobre el racismo, deben también encontrar la forma de llegar a nuestras familias. Instamos a cada persona a considerar la dignidad de los demás frente a bromas, conversaciones y quejas motivadas por prejuicios raciales. Podemos ofrecer a los niños experiencias que los expongan a diferentes culturas y pueblos. También podemos aprovechar la increíble diversidad de la Iglesia en todo el mundo para brindar educación dentro de la familia y dejar en claro que Dios mora en la igual dignidad de cada persona. Pedimos a todos los fieles que consideren formas en que ellos y sus familias pueden encontrarse, crecer y dar testimonio a través de una comprensión y compromiso con estos valores hoy. Por nuestra parte, nos comprometemos a proporcionar herramientas y recursos para facilitar dichos esfuerzos.

Trabajar en nuestras iglesias

Por supuesto, el racismo no terminará de la noche a la mañana. Aun así, nos comprometemos a estas acciones y esperamos que sigan otras más. Exhortamos a nuestros sacerdotes, diáconos, hermanos y hermanas religiosos, líderes laicos, personal de nuestras parroquias y todos los fieles a esforzarse por ser discípulos misioneros que lleven adelante el mensaje de caridad fraterna y dignidad humana. Les pedimos que luchen contra el mal del racismo educándose, reflexionando sobre sus pensamientos y acciones personales, escuchando la experiencia de aquellos que han sido afectados por el racismo, y desarrollando y apoyando programas que ayuden a reparar los daños causados por la discriminación racial. Debemos seguir educándonos a nosotros mismos y a nuestro pueblo acerca de la gran diversidad cultural dentro de nuestra Iglesia. Una forma de hacer esto es apoyar activamente la causa de la canonización del primer santo estadounidense de ascendencia afroamericana. También podemos promover el

conocimiento de los mártires, beatos y santos de los diferentes grupos culturales y nacionalidades presentes en nuestro medio, y proponerlos como modelos de fe para toda la Iglesia. Muchas de nuestras parroquias son ricas en diversidad, compuestas por personas de variadas culturas y grupos étnicos, de modo que pueden ser un modelo para toda la Iglesia y para el país.

Redoblabremos nuestros esfuerzos para promover las vocaciones al matrimonio, al sacerdocio y a la vida religiosa —especialmente en las comunidades de color— para reflejar mejor a todo el Pueblo de Dios. Nos comprometemos a predicar con regularidad homilías dirigidas a la cuestión del racismo y su impacto en nuestros hogares, familias y vecindarios, particularmente en ciertos días festivos y fiestas nacionales. Pedimos a nuestros sacerdotes y diáconos que hagan lo mismo. Llamamos también a los teólogos a que nos ayuden a abordar estas cuestiones. En esta tarea, es esencial comprender, y ayudar a otros a ver, cómo el racismo nos disminuye a todos— a la sociedad en su conjunto— y no sólo a aquellos que se ven directamente afectados por este mal.

Cambiar estructuras

Las raíces del racismo se han extendido profundamente en el suelo de nuestra sociedad. El racismo sólo puede terminar si nos enfrentamos a las políticas y barreras institucionales que perpetúan y preservan la desigualdad —económica y social— que aún vemos a nuestro alrededor. Con renovado vigor, pedimos a los miembros del Cuerpo de Cristo que se unan a otros para defender y promover políticas a todos los niveles que combatan el racismo y sus efectos en nuestras instituciones cívicas y sociales. “También en el mundo desarrollado”, dijo el papa Francisco a los miembros del Congreso de los Estados Unidos, “las consecuencias de estructuras y acciones injustas aparecen con mucha evidencia. Nuestro trabajo se centra en devolver la esperanza, corregir las injusticias, mantener la fe en los compromisos, promoviendo así la

recuperación de las personas y de los pueblos”.⁴⁰

Ciertamente, no podemos realizar esta tarea solos. Llamamos a todos, especialmente a todos los cristianos y personas de otras tradiciones religiosas, a ayudar a reparar la brecha causada por el racismo, que daña a la familia humana. La cooperación ecuménica e interreligiosa ha sido fundamental en momentos clave de nuestra historia, por ejemplo, en la abolición de la esclavitud y durante la época de los derechos civiles. El liderazgo del movimiento por los derechos civiles, especialmente el del Rev. Martin Luther King, Jr., invitó a la cooperación ecuménica e interreligiosa, como se constató cuando católicos, protestantes y judíos marcharon juntos. Ese espíritu es parte integral de la lucha de hoy y, en algunas comunidades, el éxito de este esfuerzo dependerá en gran medida de este tipo de colaboración. Como líderes religiosos, debemos continuar con esta tradición.

Conversión de todos

Como proclamó san Pablo, “Cristo Jesús vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero Cristo Jesús me perdonó, para que fuera yo el primero en quien él manifestara toda su generosidad y sirviera yo de ejemplo a los que habrían de creer en él, para obtener la vida eterna” (1 Tm 1:15-16). La propia conversión de san Pablo es un poderoso recordatorio de cómo la gracia de Dios puede transformar incluso el más duro de los corazones. La oración y el trabajo por la conversión deben ser nuestra primera respuesta ante las malas acciones. “Yo les aseguro que también en el cielo habrá más alegría por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentirse” (Lc 15:7). Por lo tanto, nunca debemos limitar nuestra comprensión del poder de Dios para lograr la conversión incluso

⁴⁰ Papa Francisco, Discurso ante el Congreso de los Estados Unidos, 24 de septiembre de 2015.

de aquellos cuyos corazones parecen completamente congelados por el pecado del racismo. Nuestras comunidades nunca deben dejar de invitarlos y animarlos en el amor a que abandonen estos pensamientos pecaminosos y sus formas destructivas.

La conversión es un aspecto esencial de la evangelización, que “no se trata solamente de predicar el Evangelio en zonas geográficas cada vez más vastas o poblaciones cada vez más numerosas, sino de alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio... de la humanidad”.⁴¹ Al igual que san Pablo, esto requiere que examinemos “nuestros valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida”, es decir, todo aquello que pueda estar “en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación”.⁴²

Nuestro compromiso con la vida

La injusticia y el daño que causa el racismo son un ataque a la vida humana. La Iglesia en los Estados Unidos se ha pronunciado de manera consistente y enérgica contra el aborto, el suicidio asistido, la eutanasia, la pena de muerte y otras formas de violencia que amenazan la vida humana. No es un secreto que estos ataques a la vida humana han afectado gravemente a las personas de color, que se ven afectadas de manera desproporcionada por la pobreza y por políticas que promueven el aborto, tienen menos acceso a la atención médica, componen el mayor número de presos en el llamado “corredor de la muerte” y tienen más probabilidades sentirse presionadas a acabar con sus vidas cuando se enfrentan a enfermedades graves. Como obispos, afirmamos inequívocamente que el racismo es una cuestión de respeto por la vida. En

⁴¹ San Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, no. 19.

⁴² *Evangelii Nuntiandi*, no. 19.

consecuencia, no dejaremos de pronunciarnos enérgicamente en contra del racismo y de trabajar para terminar con él. El racismo pone directamente a hermanos y hermanas unos en contra de otros, violando la dignidad inherente a cada persona. El apóstol Santiago manda al cristiano: “Puesto que ustedes tienen fe en nuestro Señor Jesucristo glorificado, no tengan favoritismos” (St 2:1).

En adelante

Hace casi treinta años, san Juan Pablo II nos recordó precisamente lo que está en juego. Cada uno “está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la grandeza y el valor de la vida humana”.⁴³ Todos estamos llamados a esa vida grande, a la comunión del cielo, “individuos de todas las naciones y razas, de todos los pueblos y lenguas. Todos... de pie, delante del trono y del Cordero” (Ap 7:9). Ese Cordero, Cristo, nos mostró que la vida misma de Dios es amor, y que el amor requiere algo de cada uno de nosotros. Oramos para que el lector se sume a nosotros en la lucha por el fin del racismo en todas sus formas, para que podamos caminar juntos humildemente con Dios y con todos nuestros hermanos y hermanas en una unidad renovada. Porque no hay lugar para el racismo en el corazón de ninguna persona; éste constituye una perversión de la voluntad del Señor para hombres y mujeres, cada uno de los cuales fue hecho a imagen y semejanza de Dios. Terminamos adoptando las palabras de san Pablo: Hermanos y hermanas, “estén atentos, permanezcan firmes en la fe, compórtense [valientemente], sean fuertes. Todo lo que hagan, háganlo con amor” (1 Co 16:13-14).

⁴³ San Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, no. 2.

Como en todas las cosas, acudimos a la oración, pidiéndole a Nuestra Santísima Madre que interceda por nosotros:

María, amiga y madre de todos,
a través de tu Hijo Dios ha encontrado un camino
para unirse a todos los seres humanos,
llamados a ser un solo pueblo,
hermanas y hermanos entre sí.

Pedimos tu ayuda al recurrir a tu Hijo,
buscando el perdón por las veces en que
hemos fallado en amarnos y respetarnos.

Pedimos tu ayuda para obtener de tu Hijo
la gracia que necesitamos para vencer el mal del racismo
y construir una sociedad justa.

Pedimos tu ayuda para seguir a tu Hijo,
para que el prejuicio y la animosidad
no infecten ya nuestras mentes o corazones
sino que sean reemplazados por el amor que respeta
la dignidad de cada persona.

Madre de la Iglesia,

el Espíritu de tu Hijo Jesús

alienta nuestros corazones:

Ruega por nosotros.